

El título de la catequesis de esta tarde, siguiendo con el tema común de estas charlas es «Descubriendo la Palabra de Dios en la Iglesia. ¿Por qué tenemos que descubrirla (o, siendo optimistas, re-descubrirla)? ¿Acaso no ocupa la Palabra un lugar especial en nuestra vida, en nuestras celebraciones, en nuestro ser cristianos...?»

Por desgracia, esto que acabo de decir – que nos parecería como lo más razonable – no es así. Nosotros, los católicos – y no digo los no practicantes o alejados, sino un porcentaje alto de los que vamos a misa cada semana e incluso a diario – hemos relegado la Palabra de Dios muchas veces a un segundo plano.

Es quizás fruto de una situación histórica: cuando Lutero reivindicó como único criterio la *sola Scriptura* (es decir, que sólo la Biblia es normativa para un cristiano), la Iglesia reaccionó poniendo el acento sobre otros aspectos y, en el fragor de la batalla la cosa se terminó polarizando y de aquellas aguas, estos lodos.

No estoy exagerando. Os voy a poner dos ejemplos: Aún el viernes pasado un Salesiano de Coruña me decía que a ellos no les dejaban leer la Biblia hasta no comenzar con la Teología. Y hace unos años, cuando vino Martín Valverde a nuestra Diócesis, allá por donde iba, cada vez que mencionaba la Biblia apostillaba «un libro muy interesante para los católicos»... ¡señal de que no tenemos conciencia de ello!

Afortunadamente es una cuestión que cada vez más pertenece al pasado. Pero si yo preguntara ahora cuántos han leído la Biblia alguna vez así de corrido o cuántos nos acercamos habitualmente a la Biblia más allá de en la liturgia o la catequesis... ¿cuántos levantaríamos la mano?

Y mirad que San Jerónimo nos decía que una de las cosas necesarias para ser realmente un buen cristiano era conocer de memoria (¡DE MEMORIA!) la Sagrada Escritura. Está claro que ni tanto ni tan calvo, pero que en nuestra relación con la Biblia nos quedamos normalmente demasiado cortos.

Así que vamos a proponernos este reto durante esta catequesis. Vamos a tratar de re-descubrir el valor que tiene o debería tener para nosotros la Palabra de Dios. Seguramente no diga más que obviedades y cosas que ya conocemos, pero que nos viene bien a todos recordar.

PALABRA DE DIOS... ¡DIOS ME HABLA!

Lo primero que viene a la cabeza cuando hablamos de Palabra de Dios es que Dios nos habla. Pues vaya perogrullada... ¿Pero realmente nos damos cuenta de todo el peso que eso tiene?

Precisamente lo más bonito y lo más maravilloso de nuestra fe es que Dios se nos da a conocer en esa relación que quiere mantener con nosotros. Quiere entregársenos completamente. La Constitución *Dei Verbum* del Vaticano II dice que «Dios invisible, movido de amor, habla a

los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía».

Dios nos habla porque está en su propia naturaleza el tener una Palabra. Juan nos lo describe maravillosamente en el Prólogo de su Evangelio: «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios» (Jn 1,1). No ha habido nunca un tiempo en el que Dios estuviera “mudo”. Está en su propia naturaleza el comunicarse. En el corazón de la vida divina está la comunicación, que no es mera transmisión de información: es comunión, es don absoluto. Por eso «Dios es Amor» (1Jn 4,8).

Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Por eso, el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela al mismo Dios en el diálogo de amor de las Personas divinas y nos invita a participar en él. Así pues, creados a imagen y semejanza de Dios amor, sólo podemos comprendernos a nosotros mismos en la acogida del Verbo y en la docilidad a la obra del Espíritu Santo. El enigma de la condición humana se esclarece definitivamente a la luz de la revelación realizada por el Verbo divino.

¿PERO CÓMO NOS HABLA DIOS?

«Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas» (Hb 1,1). «De muchas maneras», dice la Carta a los Hebreos. Desde la época del Concilio Vaticano II se suele hablar de la *sinfonía de la Palabra de Dios*. Es una idea que le gustaba mucho al Papa Benedicto XVI, por ejemplo. Pero, de entre esta multiplicidad de formas en las que Dios se nos comunica, hay cuatro que destacan por encima de las demás:

1. La **Creación**: El primer atributo de Dios es crear. En nuestra experiencia diaria, cuando creamos algo estamos dejando impreso algo también de nuestro ser en la cosa creada. Igual que un padre o una madre dejan algo de sí en su hijo, así lo hace un artista en su obra. Como dice un anuncio de electrodomésticos: «Tiene un poquito de mí». Y así, la Creación es reflejo del Creador.

Podemos conocer rasgos de Dios acerca de la Creación. De hecho, la contemplación de la belleza del Universo ha inspirado la experiencia espiritual de millones de personas, creyentes y escépticas a lo largo de la historia.

Así, hablamos habitualmente de la posibilidad de una teología natural: Dios es cognoscible o reconocible a través de las cosas creadas.

2. La **Historia**: Pero la Creación no deja de ser una especie de fotografía estática. Y ser estático es “incompatible” con el ser

de Dios. Por eso, un lugar privilegiado de comunicación divina es la historia.

Hemos sido creados por Dios y nuestra vida se dirige hacia Dios. Esto es válido tanto para nosotros como individuos como para la humanidad en general. Dios es nuestro alfa y nuestra omega y, por eso, toda nuestra vida está en sus manos.

No creemos, por tanto, como hacían los antiguos griegos o las religiones orientales, en el eterno retorno, la rueda de la fortuna o la reencarnación. La historia no es circular. Es una línea con un principio y con un fin. Que parte de nuestra imperfección y nos lleva a la perfección. Por eso, nuestra historia es Historia de Salvación.

Y no sólo por eso. Dios ha querido ir jalonando esa historia individual y colectiva de intervenciones

3. La **Tradición**: Cuando hablamos de Tradición (con t mayúscula) no hablamos de una costumbre. Una costumbre es, por ejemplo, irse a festejar una victoria importante de tu equipo a una fuente o a un lugar determinado: Cuatro Caminos, Cibebes, Plaza América, Canaletas, Neptuno... o pasar por debajo de la imagen del santo en algunas procesiones. Cuando hablamos de Tradición nos referimos a aquello que desde el principio siempre hemos vivido en la Iglesia y su concreción histórica.

Es a lo que se refiere San Pablo cuando dice «quiero traeros a la memoria el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el que permanecéis firmes y el que os salvará si lo guardáis tal como os lo prediqué. Si no, ¡habrías creído en vano! En primer lugar os transmití lo que a mi vez recibí» (1Co 15,1-2).

Ese kerygma primitivo, profundizado y concretado históricamente a lo largo del peregrinar de la Iglesia en este mundo, asistida por el Espíritu Santo, se ha ido transmitiendo de generación en generación de cristianos hasta llegar a nuestros padres, sacerdotes, catequistas... y a nosotros.

Esta Tradición de origen apostólico es una realidad viva y dinámica, que «va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo»; pero no en el sentido de que cambie en su verdad, que es perenne. Más bien «crece la comprensión de las palabras y las instituciones transmitidas», con la contemplación y el estudio, con la inteligencia fruto de una más profunda experiencia espiritual, así como con la «predicación de los que con la sucesión episcopal recibieron el carisma seguro de la verdad».

Eso es la Tradición: la vida de la Iglesia, que ha estado caminando inspirada por el Espíritu Santo y que se ha ido

expresando en cada momento a través de la liturgia, del depósito de la fe, del catecismo...

4. La **Sagrada Escritura**: Es la otra gran fuente de la Revelación. En este caso, en tanto en cuanto que escrita, se convierte de alguna forma en expresión "normativa" de la fe de la Iglesia y en la puerta de acceso a conocer su voluntad.

Fruto de esa historia de salvación y de esa vida de la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, la Palabra de Dios, se ha ido concretando en palabras humanas gracias a la obra del Espíritu Santo. La misión del Hijo y la del Espíritu Santo son inseparables y constituyen una única economía de la salvación. El mismo Espíritu que actúa en la encarnación del Verbo, en el seno de la Virgen María, es el mismo que guía a Jesús a lo largo de toda su misión y que será prometido a los discípulos. El mismo Espíritu, que habló por los profetas, sostiene e inspira a la Iglesia en la tarea de anunciar la Palabra de Dios y en la predicación de los Apóstoles; es el mismo Espíritu, finalmente, quien inspira a los autores de las Sagradas Escrituras

Hemos señalado estos cuatro grandes modos de la Palabra de Dios, pero no podemos perder de vista que la Palabra de Dios es siempre una y que se ha manifestado plenamente a nosotros. Porque «la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros; y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y verdad» (Jn 1,14).

No debemos perder nunca de vista que, **Cristo es la plenitud de la Revelación**: en su vida, en su palabra y, sobre todo, en su entrega de amor en el misterio pascual somos capaces de conocer completamente a Dios. Esto es tan así que San Juan de la Cruz decía que Dios, al entregar a su hijo Jesucristo, había pronunciado su última palabra.

De hecho, la Iglesia cree que después de la época apostólica la Revelación está "cerrada". No hay nada nuevo que añadirle y, si en algún momento hay algún tipo de aparición o revelación particular, es para acentuar algún aspecto especialmente relevante para ese momento histórico concreto.

¿PARA QUÉ NOS HABLA DIOS?

Dice San Pablo a Timoteo: «Toda escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra religiosamente maduro y preparado para toda obra buena» (2Tm 3,16-17).

Desde el inicio de la Historia de la Salvación, el Pueblo de Israel ha encontrado la analogía perfecta para describir su relación con Dios: la relación de un padre con un hijo. Dios ama a su pueblo con ese amor donativo total que le lleva a querer la plena realización del otro.

Cuando somos pequeños nuestros mayores suelen depositar sobre nosotros sueños, aspiraciones, ambiciones... Quieren que seamos esto, o lo otro... Quieren que, como se suele decir, "triunfemos en la vida". Luego hay que ver como se concreta ese triunfar...

Lo mismo ocurre en la relación entre Dios y el hombre. Dios también quiere que nosotros triunfemos. En este caso "triunfar", visto desde la perspectiva de Dios Padre todopoderoso, omnisciente, misericordioso... es la restauración de esa imagen y semejanza originarias en las que hemos sido creados y que se han mancillado por el pecado. "Triunfar en la vida", desde los ojos de Dios es alcanzar la santidad a través del desarrollo de nuestra vocación.

Esa es la voluntad de Dios para con nosotros. A nosotros nos toca descubrirla y ponerla en práctica. Y ahí es donde entra en juego un concepto que nos resulta incómodo: la **obediencia**.

En una sociedad en la que la libertad y el individualismo se han llevado al extremo hasta su deformación, parecería que la respuesta evidente a tal pregunta es «No». Obedecer es acomodar mi voluntad al sentir y al querer de otro... Supone, por tanto, renunciar a mí mismo. ¡¿Cómo voy a hacer yo eso?!

Cuando la obediencia (o cualquier otro aspecto de nuestra vida cristiana) la entendemos como algo externo a nosotros que debemos "implementar" en nuestra vida es cuando se convierte en un fardo insoportable. No se trata de "hacer lo mismo que Cristo", sino de «tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2,5).

De este modo, la obediencia cristiana no es la simple sumisión de la voluntad a algún superior, sino que es fruto de la respuesta al Amor. En el reconocimiento de la entrega total de Cristo nos sentimos interpelados a responder de la única manera posible: compartiendo sus sentimientos.

El camino para compartir los sentimientos de alguien no puede ser otro que la escucha atenta de su corazón. Así, los cristianos estamos llamados a, de alguna forma, imitar la postura del Discípulo al que Jesús amaba y reposar nuestra cabeza en el pecho del Señor, escuchando su corazón.

La escucha del corazón de Cristo es escuchar al Padre, escuchar su Palabra. Así nos lo recuerda insistentemente Jesús en el Evangelio de Juan (cf. Jn 12,49, por ejemplo). Ese es el camino que insistentemente nos presenta Jesús a lo largo de su vida: «¡Felices, más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan!» (Lc 11,28).

Abrirse a la Palabra de Dios es abrirse, por tanto, a nuestra felicidad.

¿CÓMO DEBO ENTONCES ACERCARME A LA PALABRA DE DIOS?

Con este propósito en mente, nuestro acercamiento a la Palabra de Dios no puede ser de cualquier manera. Vamos a dar cinco simples claves para acercarnos a ellas. 4 negativas y una positiva:

1. La Palabra **no es un libro decorativo**.
2. La Palabra **no es un libro de historia**.
3. La Palabra **no es un libro de teología**.
4. La Palabra **no es un compendio de recetas**.
5. La Palabra de Dios **es alimento par nuestras almas**.

En estas últimas cuatro semanas hemos ido escuchando los Evangelios de la Cuaresma de este ciclo A, que recuerda el itinerario de la catequesis de la Iglesia antigua. Y no sé si os habéis fijado pero hay un soniquete de fondo que va hilando en parte los cinco evangelios de la Cuaresma (es decir, también el de esta semana que viene).

1. «No sólo de Pan vive el hombre» (Mt 4,4; cf. Dt 8,3).
2. «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: Escuchadle» (Mt 17,5).
3. «Señor, veo que eres un profeta» (Jn 4,19).
4. «Es un profeta» (Jn 9,17)
5. La Palabra es fuente de la vida.

ACERCAMIENTO ORANTE

Está muy bien acercarse a la Biblia por curiosidad histórica o narrativa, por cultura general. Pero para que realmente podamos exprimirla de verdad, nuestro acercamiento a la Biblia debe ser en clave orante.

Leer el texto; meditarlo ¿qué dice? ¿qué me dice?; responder a él y convertirlo en oración.